

## 9: MASAYA Y DESTRUCCION DE GRANADA

*Batalla de Masaya — Batalla de Granada — Batalla en la Ruta del Tránsito — Llega Henningsen — Segunda Batalla de Masaya — Asedio e Incendio de Granada — El Cólera — Sufrimientos Horribles — Lucha Desesperada — El General Zavala — Muerte de Cherokee Sam — Rescate de Henningsen — Gran Victoria Naval del Capitán Fayssoux.*

El Ejército Aliado comenzó a movilizarse hacia Granada en Octubre, replegándose los americanos de Managua a Masaya, y luego a Granada, cuando el enemigo se acercó a Masaya. Los Batidores del mayor John Waters cubrían la retaguardia, manteniendo vigilancia constante. En Nindirí, a una legua de Masaya, el ejército del general Martínez se unió con el del general Belloso, engrosando sus fuerzas a un total superior a los 2,400 hombres, mientras que el máximo que Walker lograba reunir no sobrepasaba los 800. Parte de la Infantería, mi compañía incluida, fue despachada a Granada con toda la rapidez posible.\*

El general Belloso se detuvo en Masaya, a doce millas de Granada. Al interrumpirse el avance enemigo, el 11 de Octubre Walker movilizó su ejército y dos obuses de doce libras para atacar Masaya. La vanguardia de Walker llegó a las rondas de la ciudad poco después de anochecer, entrando por las calles que dan a la plazuela de San Sebastián. Allí tuvo lugar un violento combate, replegándose el enemigo dentro de la ciudad.

El fuego esporádico por ambos bandos duró toda la noche. Los dos obuses se instalaron en una pequeña altura cerca del camino, dominando la plazuela de San Sebastián. Yo recibí órdenes de apoyar a los obuses con dos compañías. Al rayar el alba el mayor Schwartz, jefe de la artillería, disparó unas cuantas granadas hacia la plazuela, mientras el Primer Batallón de Rifleros y el Primero de Infantería arremetían simultáneamente dando gritos, entrando a la plazuela justo a tiempo para ver los talones

\* El brigadier general Hornsby remitió al capitán Fayssoux de la goleta *Granada*, en San Juan del Sur, esta esquila fechada en La Virgen el 7 de Octubre: "... Me ordenan ir a Granada con todas mis fuerzas, sin dilación alguna. Cuidate. La lucha comenzará, lo más probable, antes de que yo llegue o, a más tardar, inmediatamente después..."<sup>1</sup> Las tropas de Hornsby, 150 soldados de infantería en total (Jamison incluido) ingresaron a Granada ese mismo día, martes 7 de Octubre de 1856, por el vapor *La Virgen*.<sup>2</sup>

al enemigo en fuga y apoderarse de un succulento desayuno a punto de servirse.

El enemigo se replegó a la plaza principal, de donde fue imposible desalojarlo con nuestra pequeña fuerza. Se libró una lucha tenaz en la que ocurrieron numerosas hazañas de osadía personal durante todo el día y hasta medianoche, cuando un mensajero trajo la alarmante noticia de que un fuerte contingente enemigo había entrado en Granada. Por desgracia, resultó ser cierto. Desviándose por una ruta indirecta para ocultar sus movimientos, el general Zavala con setecientos hombres cayeron de sorpresa y asediaron la pequeña guarnición de Granada que había quedado al mando del coronel B. D. Fry para proteger el cuartel general y los pertrechos de guerra.

Se ordenó levantar el sitio de Masaya y regresamos a marchas forzadas para salvar a nuestra capital y su puñado de defensores. El coronel Fry tenía menos de doscientos hombres, contando entre ellos a muchos hospitalizados. A medida que nuestro ejército se aproximaba en socorro de la ciudad, los continuos disparos sonaban cada vez más claros y precisos. El batallón de infantería del coronel Markham iba en vanguardia, con mi compañía a la cabeza; cuando, a paso doble doblábamos la última curva del camino para entrar a Granada por la iglesia de Jalteva, oímos dos fuertes detonaciones de una batería escondida en los alrededores y dos gruesos proyectiles pasaron silbando sobre nosotros. A toda prisa se llevó al frente un obús de montaña, y a la primera andanada seguida de gritos de guerra y una carga impetuosa, la batería enemiga quedó en nuestras manos. Los soldados enemigos se desbandaban en todas direcciones. Avanzamos rápidamente hasta la plaza principal en donde se libró una encarnizada lucha por quince minutos. Las fuerzas de Zavala cedieron, dejando sus muertos y heridos en nuestras manos. Los americanos cogimos pocos prisioneros en ese combate.\* Al general Walker le costó mucho contener a sus hombres y veintenas de enemigos fueron muertos a balazos sin piedad. Eso se hizo en represalia por los brutales asesinatos que los Aliados cometieron en Granada antes de llegar nosotros. La naturaleza humana es igual en el mundo entero; cuando padece injusticias y atrocidades clama venganza,

\* "Apertura de la Campaña... ¡¡Dos Gloriosas Victorias en Dos Días!!" ocupa, en inglés, gran parte de las ocho páginas de *El Nicaraguense* el 18 de Octubre de 1856; la sección en español de ese número se limita a menos de una columna de "avisos" de la "Oficina del archivero de títulos, hipotecas, &c.", de "propiedades embargadas sujetas a confiscación" y de "TABOR & DUFFY, Abogados Licenciados en Letras", quienes "Ofresen sus servicios particularmente en asuntos contra el Gobierno".<sup>3</sup> Tabor & Duffy eran los encargados de publicar *El Nicaraguense*, periódico del gobierno.<sup>4</sup> John Tabor figuraba como *proprietor* del diario.<sup>5</sup>

olvidándose de los preceptos de la religión y de las costumbres civilizadas.

Mientras ocupaba la mayor parte de la ciudad, el enemigo agredió y asesinó a muchas personas inocentes que no tenían relación alguna con el ejército de Walker. El viejo y respetable ciudadano John B. Lawless, el ministro metodista reverendo W. J. Ferguson y el agente de la Sociedad Bíblica Americana reverendo D. H. Wheeler, fueron arrancados de sus hogares, llevados a la plaza y muertos a tiros con crueldad.\* Un soldado guatemalteco asesinó a un niño de seis años mientras almorzaba en el comedor de su casa. Dando rienda suelta a su furia, acribillaron a balazos la bandera de los Estados Unidos que ondeaba sobre la residencia del Ministro Americano, y varias señoras refugiadas bajo su protección se salvaron de la muerte gracias a la actuación heroica de unos cuantos rifleros apostados en un punto que dominaba la residencia.

Ví caer abatidos a balazos a cantidad de soldados enemigos en el momento que levantaban las manos para rendirse. En el convento de San Francisco, donde me enviaron con un destacamento, más de treinta fueron muertos a tiros cuando intentaban escapar por una brecha abierta en la pared trasera del edificio. Los americanos sepultamos más de doscientos cadáveres recogidos en la ciudad, y en los días subsiguientes a la batalla se encontraron gran número de muertos y heridos en los alrededores.

Durante los dos días de lucha en Masaya y Granada sufrimos más de cien bajas entre muertos y heridos, contándose entre los muertos a un cubano, el gallardo coronel Lainé, edecán del general Walker. El enemigo fusiló a Lainé después de haberlo capturado. El coronel Thomas F. Fisher acompañaba al coronel Lainé cuando cayó prisionero. Ambos iban de regreso, de Masaya a Granada, y dieron de manos a boca con un fuerte contingente enemigo. Posteriormente Fisher fue agente auxiliar de pasajeros de la línea de ferrocarriles Missouri Pacific y residió por largos años en Wichita, Kansas.

En represalia por el brutal asesinato del coronel Lainé, el general Walker inmediatamente hizo fusilar en la plaza pública de Granada a dos oficiales guatemaltecos, el coronel Valderraman y el capitán Allende.\*\* No recuerdo nada en la vida que me haya impreso en la mente todo el dolor y la amargura de la guerra con más fuerza que ese suceso. Ambos prisioneros andaban libres en Granada, con la ciudad por cárcel. Eran personas ricas, de cultura superior y modales refinados. Su comportamiento caballeroso les había granjeado la amistad y el cariño de los oficiales americanos. No

\* Ver el testimonio de James Thomas en el Anexo N° 13.

\*\*Véase las Ordenes Generales N° 202 en el Anexo N° 14.

fueron pocas las noches en que Valderraman y Allende convivieron con nosotros en nuestras fiestas y bailes, pagando su cuota de las cuentas con generosa prodigalidad.

Cuando se anunció que serían ejecutados se nos partió el alma, resultando difícil contener las lágrimas. Valderraman y Allende no perdieron la serenidad y en todos los detalles demostraron ser caballeros. En el patíbulo no aceptaron asiento ni venda, según lo prescribía la costumbre, y permanecieron juntos de pie contra el muro de San Francisco — un muro desconchado por las descargas de incontables ejecuciones en el pasado. Sus amigos americanos contemplamos con pesar a esos dos intrépidos soldados y agradables compañeros. Valderraman y Allende, fumando éste un cigarrillo, miraron de frente sin pestañear a los rifles que les apuntaban y cayeron sin proferir una queja.

Pocos días después de esas batallas llegó de Nueva York el coronel C. F. Henningsen, cuyas aventuras militares tenían el mundo entero por escenario.\* Se distinguió luchando bajo Kossuth e ingresó a los Estados Unidos en la misma época en que llegó el gran patriota húngaro. Al presentarse en Granada, Henningsen recibió de inmediato el nombramiento de brigadier general y se le encomendó formar el cuerpo de artillería, tarea para la cual estaba ampliamente capacitado. Era valiente en extremo y de recursos ilimites. En el acto organizó dos compañías de artillería y otra de minadores y zapadores.

El 2 de Noviembre el general Hornsby con parte del Primer Batallón de Infantería se trasladó de nuevo al Departamento Meridional para dar protección a los pasajeros y escoltar el cargamento de oro que cruzarían por la Ruta del Tránsito.\*\* Desempeñó la misión sin ser hostigado por el enemigo, a pesar de contar éste con un fuerte ejército en Rivas.

\* Henningsen arribó a Granada el sábado 18 de Octubre de 1856.<sup>6</sup>

\*\*Para esa fecha, Jamison ya se despedía de sus compañeros de regimiento, de la aventura filibustera y del suelo nicaragüense e iniciaba su viaje de regreso a los Estados Unidos. Las Ordenes Generales N° 193, fechadas en Granada el 21 de Octubre, autorizan al "capitán J. C. Jamison, del Primer Batallón de Infantería", para ausentarse por 80 días a partir del 1 de Noviembre de 1856; "al expirar el período, se presentará ante el comandante de su regimiento para recibir órdenes".<sup>7</sup>

Jamison abandonó Granada con su regimiento el 1 de Noviembre a medianoche en el vapor *La Virgen* y llegó al puerto de La Virgen el día 2 a las 5 de la mañana.<sup>8</sup> A las 8 p.m. del 3 salió de La Virgen, siempre en el mismo vapor, rumbo al río San Juan con los pasajeros llegados de California. Después de navegar río abajo en vaporcitos fluviales, abordó el *Texas* en San Juan del Norte, ya en el mar Caribe, y arribó a Nueva York el 16 de Noviembre.<sup>9</sup> La extensa lista de pasajeros de primera del *Texas* incluye a "el Honorable J. H. Wheeler y sirviente; don Fermín Ferrer y sirviente; el coronel Anderson del Ejército Nicaragüense; el coronel Hall; el capitán Jamison" y otros oficiales del ejército de Walker.<sup>10</sup>

El 10 de Noviembre el coronel Sanders al frente de 150 rifles reforzó al general Hornsby, con lo cual sus efectivos ascendieron a cerca de 250 hombres. El general Hornsby marchó sin demora hacia San Juan del Sur para presentar batalla al enemigo, encontrando a las tropas del general Cañas apostadas en la vía del tránsito, cerca de la Casa del Medio Camino. La columna del capitán Edwards entró en acción con bizarría, intentando un flanqueo por la derecha, pero la maniobra reveló que la posición de Cañas era inexpugnable por lo cual el general Hornsby se retiró, regresando a La Virgen.

El general Walker en persona llegó a La Virgen el 11 de Noviembre, acompañado del general Henningsen y al frente de 250 hombres, con un obús. De inmediato marchó en busca del enemigo, y tras un rápido combate, Cañas huyó precipitadamente hacia San Juan del Sur. Los batidores comandados por el general Henningsen atacaron con tal ímpetu, que al acercarse a San Juan del Sur los costarricenses en retirada abandonaron armas y mochilas, huyendo sobre la costa y dejando muchos pertrechos en manos de los vencedores. La única baja importante de los americanos fue la muerte del capitán Jesse Stith, magnífico oficial, de Vicksburg, Mississippi, quien recibió un balazo en el corazón cuando la victoria ya sonreía a nuestras armas.

El general Walker regresó a Granada el 13 de Noviembre con la mayoría de sus fuerzas, dejando en La Virgen al coronel Markham con parte de la infantería para proteger la Ruta del Tránsito. El 15 de Noviembre por la mañana, con 500 hombres, un obús, dos cañoncitos de bronce y dos morteros pequeños, el general Walker se lanzó al ataque de los Aliados en Masaya. En el camino, a pocas millas de Granada, recibió informes de que el general Jerez había salido de Masaya hacia el Departamento Meridional con 800 hombres. Walker destacó a 200 de los suyos para que regresaran a Granada y se dirigieran en el vapor a La Virgen en auxilio del coronel Markham.

Con los 300 soldados restantes el general Walker avanzó a Masaya, cayó sobre el enemigo y lo desalojó de la plazuela de San Sebastián, al igual que el 12 de Octubre, pero después de tres días y sus noches de incansables combates, sufriendo bajas de más de cien hombres entre soldados y oficiales, a medianoche del 17 de Noviembre levantó el sitio y se retiró a Granada.\*

\* Jamison tomó la fecha del libro de Walker, pero éste se retiró derrotado de Masaya en la madrugada del 19 de Noviembre, según informan *El Nicaraguense* de Granada y el *Boletín Oficial* de León.<sup>11</sup> Al igual que las "Dos Gloriosas Victorias" de Octubre, *El Nicaraguense* destaca en sus titulares la "Derrota Total" de los Aliados.

Desde que sonó el primer tiro hasta la orden de retirada, un incesante estruendo de fusilería martilleó todo el frente mañana, tarde y noche; los americanos no disponían de tiempo para comer con regularidad, por lo que apenas tragaban uno que otro bocado de galleta dura entre disparo y disparo. Sólo logro recordar algunos pocos de los nombres de nuestros muertos y heridos: el teniente Stahl pereció; el mayor Schwartz, el capitán Ewbanks, el capitán C. H. West y el coronel Natzmer cayeron heridos de gravedad. Nunca se averiguaron con exactitud las bajas enemigas, pero se estima que fueron altas.

Al momento de levantar el sitio de Masaya, nuestras fuerzas habían desalojado al enemigo de casa en casa hasta llegar a treinta yardas de la plaza principal, en donde se reconcentró el adversario protegido por formidables emplazamientos de artillería que dominaban todas las calles de acceso. No hicieron esfuerzo alguno para perseguir al general Walker cuando se retiró a Granada, lo cual es prueba segura de que el enemigo quedó en muy malas condiciones al terminar la batalla, pues, de lo contrario, el hecho de que Walker sólo dispusiera de doscientos hombres habría sido incentivo suficiente para salir a hostigarlo.

El general Walker comunicó entonces al general Henningsen su propósito no sólo de abandonar Granada sino también de destruirla. Después de impartir sus instrucciones al general Henningsen, quien quedó al mando de la ciudad condenada a desaparecer, el general Walker con la mayor parte de sus fuerzas se embarcó el 20 de Noviembre en un vapor del lago y se dirigió al Departamento Meridional para disponer el traslado de todo su ejército y depósitos del gobierno a Rivas.

Todos los vapores del lago se movilizaron a Granada para facilitar la evacuación, y el general Fry trasladó a la isla de Ometepe a la mayoría de las mujeres y niños, además de los enfermos y heridos. Gran parte de la artillería, pertrechos y demás enseres valiosos del gobierno se colocaron a bordo de un vapor anclado frente a la playa. Mientras se efectuaba la evacuación, la antigua ciudad de Granada, escenario de cientos de combates y millares de tragedias sangrientas, era pasto de las llamas y a medida que éstas se extendían, crepitantes, envolviendo con su manto de fuego a la ciudad condenada, el alboroto se tornó indescriptible.\*

La apariencia de Henningsen ha quedado grabada en mi memoria de manera indeleble. Cerca de seis pies de estatura, delgado, de tez blanca, ojos azules y pelo castaño; hombre sereno y de pocas palabras, todos sus

\* Léase la narración del saqueo de las iglesias e incendio de Granada en el Anexo N° 15.

movimientos revelaban la destreza del guerrero consumado. El soldado de fortuna Charles Frederick Henningsen llegó a Nicaragua en Octubre de 1856. Nació en Inglaterra en 1815. Sirvió en los ejércitos de España, Rusia y Hungría, distinguiéndose en todos ellos. Además de militar, era escritor. El general Walker le confirió el grado de brigadier general, ostentando después el mismo rango en el ejército sureño durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.\*

El muelle en la costa del lago distaba como media milla de la plaza principal de Granada, y lo conectaba con ella una calle ancha. A medio camino se encontraba la iglesia de Guadalupe, luego la de Esquipulas, y junto a la plaza, en el costado que da al lago, se remontaban señoreando sobre la ciudad las macizas torres de la majestuosa estructura de la iglesia parroquial. El lector debe tener presente que, para poder escapar, Henningsen necesitaba salir por esa calle hasta el muelle a fin de abordar los vapores anclados en el lago, por lo cual le era imperativo conservar en su poder las iglesias de Esquipulas y Guadalupe.

El general Walker esperaba que la evacuación de los bienes del gobierno y la destrucción de la ciudad se completarian antes de que llegara el enemigo, por lo que dejó a Henningsen con sólo 419 hombres y dos vapores para su transporte. Las labores de destrucción y de mudanza se efectuaron con forzosa lentitud y Henningsen aún permanecía en Granada la tarde del 24 de Noviembre, cuando el general Belloso le presentó batalla atacándolo por cuatro frentes. Las tropas de Belloso fueron rechazadas en todas partes menos en la iglesia de Guadalupe, la cual ocuparon, dominando en consecuencia la iglesia de Esquipulas y la calle que conducía al lago.

El valiente y capaz oficial de artillería mayor Swingle, batió en Jalteva a un fuerte contingente Aliado, y el mayor "Cal." O'Neal, enloquecido de dolor por la pérdida de su hermano menor, quien recién acababa de caer, se abalanzó contra el enemigo en forma espectacular. Con la cabeza descubierta y sin zapatos, montó a caballo y acaudillando a treintidós hombres destrozó a las tropas de Belloso en la iglesia de San Francisco, matando un número de enemigos superior al total de soldados que comandaba el mayor O'Neal.

Al romper el día 27 de Noviembre, el general Henningsen pasó lista de su pequeña tropa. Únicamente disponía de 227 hombres capaces de empuñar las armas, aparte de setentitrés heridos y gran cantidad de muje-

\* En el ejército sureño, Henningsen alcanzó el rango de coronel en el 59 Regimiento de Infantería de Virginia.<sup>12</sup>

res y niños que no habían podido tomar el vapor a Ometepe.

Con la pérdida de Guadalupe, veinte hombres bajo el mando del capitán Grier quedaron aislados en las ruinas de un viejo fuerte en la costa del lago, donde se encontraban atareados trasladando carga a los vapores. Se decía que en otra época ese fuerte había sido capturado por el bucanero Morgan.

Un venezolano de apellido Tejada, que figuraba entre los soldados de Grier, desertó y se pasó al enemigo. Con la información proporcionada por él, una fuerza aplastante cayó sobre Grier y sus hombres, matándolos a todos a cuchillo. Este mismo Tejada había sido liberado de las cadenas de la prisión por el general Walker cuando capturó Granada el 13 de Octubre de 1855, y así le correspondió, con vil ingratitud traicionando a los bizarros soldados de Grier.

El 27 de Noviembre Henningsen sacó a sus heridos de la iglesia parroquial y comenzó a abrirse paso hacia la costa del lago. Para esa fecha ya había incendiado y convertido en ruinas humeantes todos los edificios alrededor de la plaza, a excepción de la parroquia y el cuartel. Luego procedió a colocar varios quintales de pólvora bajo una de las torres de la iglesia, y retirándose con sus tropas a una distancia prudencial, trazó un reguero al que le prendió fuego con un fósforo. Se produjo un fogonazo, seguido de un estruendo ensordecedor debido a la explosión que estremeció la tierra, mientras la pesada torre volaba en pedazos por los aires. Al estallido, el enemigo acudió como un solo enjambre a la plaza, sólo para encontrarse con una escena tan aterradora que lo hizo retirarse lleno de consternación. Derruido y desolado, el edificio presentaba un aspecto tétrico, igual al de las ruinas de Cartago.

Henningsen confrontaba una situación desesperada, sin barricadas para poder defenderse de las abrumadoras fuerzas enemigas; si deseaba conservar la vida, a todo trance necesitaba llegar al muelle en el lago. Para el éxito de esa empresa, era indispensable desalojar a los Aliados de las iglesias de Guadalupe y Esquipulas, pues de lo contrario tendría que atravesar una doble cortina de balas que ineludiblemente aniquilaría a los americanos.

En la mañana del 28 de Noviembre, mientras se preparaba el asalto de ambas iglesias, el enemigo envió bandera de parlamento exigiendo la rendición incondicional de los americanos; Henningsen replicó con una desafiante negativa.

La iglesia de Esquipulas fue tomada sin sufrir bajas, pero en Guadalupe el enemigo presentó tenaz resistencia y mató dieciséis americanos antes



de que éstos lograran abrirse paso y echarlo a la calle. Los Aliados contrataron repetidas veces en oleadas sucesivas tratando de recuperar el templo, sólo para ser rechazados en cada una de ellas, hasta que finalmente se descorazonaron al ver a sus muertos amontonados junto a las puertas y desparramados por todas partes en la calle. Sus ataques cesaron temporalmente.

A los horrores de la guerra, que consumía la sangre y las fuerzas de los americanos, vino a sumarse el espectro de la peste con la aparición en forma maligna del cólera morbo. Eran tantos los muertos y agonizantes que el cuerpo médico se vio físicamente incapacitado de poder atender a las víctimas. Entre las que sucumbieron de esa espantosa enfermedad estaba Mrs. Bingham, esposa del actor Edward Bingham, quien había llegado de los Estados Unidos a Centroamérica con su compañía teatral. Mujer encantadora, se consagró a la asistencia de los heridos y a compasivos actos piadosos para con los muertos. Más de un duro y fogueado veterano rompió a llorar al enterarse que Mrs. Bingham ya no figuraba entre los vivos.

El general Zavala, nuevo comandante de los ejércitos aliados, se enfureció por el desprecio con que Henningsen rehusó rendirse y ante la firme resistencia que los americanos presentaban en todos los puntos donde se les atacaba. Casi al anochecer del 28 de Noviembre, Zavala concentró una poderosa fuerza, disponiéndose a reconquistar la iglesia de Guadalupe. Henningsen detectó el movimiento desde el comienzo, pero esperó hasta que el enemigo hubo avanzado a escasos centenares de yardas de las baterías de Swingle y Schwartz, y lo barrió con una lluvia de metralla. Los soldados de Zavala cayeron como espigas bajo la guadaña, pereciendo más de cien y el resto huyendo espantados. El enemigo se replegó a distancia prudencial, quedando por el momento los americanos en posesión de la iglesia y de las casas vecinas.

Para el primero de Diciembre, octavo día del sitio, la dieta de los americanos se vio reducida a carne de mula, y hasta ese duro y desagradable alimento se tornaba más escaso de hora en hora. Colocando al teniente Sumter Williamson con treinta hombres para proteger la retaguardia, el general Henningsen empezó a abrirse paso poco a poco hacia el lago, ocupando primero una casa y luego otra y ganando algún terreno durante el día, sólo para verse obligado a retroceder al día siguiente. El enemigo efectuó en sucesión continua más de veinte ataques desesperados contra la iglesia de Guadalupe, pero los treinta de Williamson eran invencibles.

El 8 de Diciembre el general Zavala remitió otra carta al general Hen-

ningsen implorándole que se rindiera y así poner fin al inútil sacrificio de vidas humanas. Lacónicamente, Henningsen replicó que “sólo parlamentaría por boca de cañón”.

Cabe preguntarse por qué, durante esta sangrienta lucha, no se realizó ningún esfuerzo para desembarcar tropas en socorro de los sitiados en Granada. La razón es sencilla — las pocas que había, eran imprescindibles donde estaban. Desafortunadamente, los americanos pasaban tremendos apuros.

El 7 de Diciembre llegaron a La Virgen cerca de 200 hombres procedentes de Nueva Orleans y de inmediato se les despachó a apoyar la guarnición de San Jorge, el puerto lacustre a tres millas de Rivas, ya que el general Cañas ocupaba esta última ciudad con 800 soldados.

Una de las glorias de mis compatriotas es el hecho de que no ceden ni abandonan la pelea, aun cuando parezca que no hay esperanza alguna. La fortaleza de ánimo de los sitiados en Granada continuaba inquebrantable en la noche del 12 de Diciembre cuando un vapor ancló cerca de la costa, fuera del alcance de los cañones enemigos, en que viajaba el propio general Walker y 160 hombres comandados por el coronel Waters. Silenciosamente y con todas las luces encubiertas, a eso de las nueve dicho vapor se trasladó a un punto situado tres millas al norte de la ciudad y desembarcó las tropas, permaneciendo el general Walker a bordo. La línea de marcha se inició a lo largo de la costa.

Pronto hicieron contacto con fuertes contingentes enemigos y desde ese momento rugió incesante la batalla, iluminando la noche con lenguas de fuego que salían de rifles y fusiles. Los americanos avanzaron paso a paso, haciendo ceder al enemigo ante sus descargas mortíferas. En Guadalupe, el corazón de Henningsen y sus hombres se estremeció de júbilo al escuchar las andanadas de fusilería y los gritos de sus camaradas que avanzaban. Granada era una pesadilla macabra — un incesante desfile de quienes caían retorciéndose de dolor por el cólera o sentían la aguda mordedura de las balas que les hacían brotar la sangre en torrentes por donde se les escapaba la vida. Al fin, Waters unió sus fuerzas a las de Henningsen y el enemigo se replegó, sin hacer después ningún esfuerzo serio para impedir que los americanos se trasladaran al muelle y se pusieran a salvo.

Para rescatar a sus compatriotas sitiados en Granada, muchos valientes ofrendaron sus vidas con espontáneo heroísmo, pero ninguno lo hubo más bravo que el indio cherokee Samuel Leslie, quien a la par del capitán Crawford acaudilló las fuerzas de choque en tres exitosos asaltos a las trin-

cheras aliadas, sólo para caer abatido con una bala enemiga en el cráneo en el preciso momento en que llegaba a Guadalupe.

Sus camaradas lo apodaban cariñosamente "Sam el Cherokee".\* Ingresó al ejército de Walker como soldado raso y ascendió a capitán gracias a sus genuinas cualidades humanas y guerreras. Leslie demostró ser todo un *bravo* al acometer una misión peligrosa durante ese avance de Waters sobre Granada.

Después de vencer la última trinchera aliada interpuesta en su camino, el coronel Waters ignoraba si encontraría otras más adelante. De haberlas, significaba librar otros tantos combates, con la consiguiente demora para efectuar el enlace con Henningsen. De ahí la necesidad de hacer saber al general Henningsen que se encontraban en las cercanías. Parecía improbable que quien se hiciera cargo de esa misión escapara con vida. El coronel Waters llamó a Leslie a su lado, ambos sostuvieron una plática en voz queda y el indio cherokee desapareció en la oscuridad. Su Manítú, el dios de las guerras y de las praderas, lo acompañaba, ya que logró llegar adonde Henningsen y regresar sano y salvo.

Eso fue una suerte para los libertadores ya que Waters planeaba seguir una ruta en la cual un fuerte destacamento enemigo le tenía preparada una emboscada, y de haber caído en ella ineludiblemente lo habrían aniquilado. Guiado por el capitán Leslie, el pequeño ejército libertador avanzó sin encontrar resistencia, uniéndose a los sitiados. Se congratulaban mutuamente en la iglesia de Guadalupe, cuando vieron tambalearse al capitán Sam *El Cherokee* Leslie, quien agitando los brazos cayó de cabeza al suelo, muerto de un balazo en el cráneo a la hora de la victoria.

De los 160 hombres del coronel Waters, catorce perecieron y treinta resultaron heridos. De los 419 que acompañaban a Henningsen al comenzar el sitio de Granada el 24 de Noviembre, 120 fallecieron del cólera y 110 fueron muertos o heridos en combate. Únicamente dos cayeron prisioneros, y que permanezcan en el olvido cuarenta cobardes e infames que desertaron.

Alrededor de las dos de la madrugada del 14 de Diciembre subió a bordo del vapor *La Virgen* el último de los invencibles héroes de Henningsen.\*\* Tan terrible y repentino fue el ataque de la columna libertadora,

\* El "cariñosamente" no lo compartían todos los filibusteros; por ejemplo, Hiram Marshall opinaba que *Cherokee Sam* era "un oficial bestial". Léase su testimonio en el Anexo N° 19.

\*\*Jamison copió la fecha "14" de Walker.<sup>13</sup> El libro de bitácora del vapor *La Virgen* y las fuentes centroamericanas coinciden en señalar el 13.<sup>14</sup> Haciendo escala en Moyogalpa, en la isla de Ometepe, el vapor llegó a San Jorge a las cinco de la tarde. El capitán (después Mayor) Horace Bell se encontraba en el puerto

que el enemigo cedió en todos los frentes, abandonando los parapetos del viejo fuerte junto al muelle y dejando libre y expedito el pase de Henningsen al lago.

Al momento de abandonar para siempre aquella postrada ciudad en ruinas, el general Henningsen clavó en su suelo ensangrentado una lanza con la siguiente leyenda: “Aquí fue Granada”.

Así llegó a su término uno de los eventos más memorables en los anales de las guerras centroamericanas — memorable por la disparidad en número de las fuerzas contendientes ya que las tropas nativas superaban a los americanos diez a uno, e incluso veinte a uno; memorable por las hazañas realizadas, el intrépido coraje y el espíritu de lucha de los hombres; y, sobre todas las cosas, memorable por lo prolongado del sitio (desde el 24 de Noviembre hasta el 14 de Diciembre), tiempo durante el cual la pequeña tropa de Henningsen desafió y desbarató todos los esfuerzos que hicieron las abrumadoras fuerzas enemigas para destruirla. Veinte largos días de continuo batallar en los que no se conoció el descanso ni se libraron del olor a pólvora un solo instante del día o de la noche. Aunque los moralistas condenen su causa y sus motivos, nunca podrán rebajar la valentía y entereza de la guarnición sitiada.

y narra:

“El vapor llegó repleto con parte de la fuerza expedicionaria de rescate y con muchos de los liberados. Comenzaron a desembarcar inmediatamente, y de todos los ejemplos de hombres podridos, purulentos y víctimas del infortunio, no existe ninguno más horrible que los que estuvieron enjaulados en las ruinas humeantes de Granada. Casi todos venían heridos y todas las heridas, por pequeñas que fuesen, hervían hasta el borde de gusanos. Algunos traían las piernas, brazos, cuerpo y hasta el rostro, cubiertos por esas horribles criaturas. No era nada raro extraerle un litro o medio galón de gusanos a una persona, y yo mismo presencié cuando a un hombre se le extrajo de la cara medio litro. El lector pensará que este relato es demasiado asqueroso para leerse. Si así le pareciere, ¿cómo sería para quienes lo vimos y, en especial, para quienes lo sufrieron en sus propias carnes?

“Un coronel, herido en el tobillo, me aseguró que los gusanos no le molestaban mucho hasta que comenzó a sentir que se le trepaban arrastrándose pierna arriba; entonces creyó que lo volverían loco. Las medicinas se habían enviado a bordo del vapor antes de que el resto de los filibusteros quedaran atrapados y por ese motivo las heridas se infestaron tanto. El calomel era el único remedio de que disponíamos para las pestes tropicales. Al aplicársele calomel a las heridas, los gusanos las evacuaban instantáneamente. Muchos pobres desventurados murieron en el vapor durante la travesía y sus cadáveres se arrojaron al agua; el oleaje sacó algunos a la costa en San Jorge.

“Al día siguiente llegó el resto de la guarnición rescatada y de sus libertadores; desembarcaron, se les condujo a la ciudad y se les atendió. Créeme, lector, que todos aquéllos aptos para el trabajo se encontraron muy pronto con las manos ocupadas. Los expedicionarios que liberaron a los sitiados estaban horriblemente maltratados; volvieron con heridas abiertas, piernas rotas y brazos deshechos, tras su desesperada lucha nocturna cuerpo a cuerpo que narraré enseguida...”<sup>18</sup>

Ya en las páginas precedentes se mencionó a nuestra diminuta marina de guerra — la goleta *Granada*, antigua *San José*, que el general Walker confiscó al gobierno costarricense. La pequeña *Granada* desplazaba setenta y cinco toneladas y navegaba al mando del teniente C. I. Fayssoux, oriundo del Estado de Missouri. Se le dotó de veintiocho tripulantes y dos cañonitos de seis libras. En la mañana del 23 de Noviembre la *Granada* fondeaba en la bahía de San Juan del Sur.

En horas de la tarde de ese día se presentó en son de guerra el bergantín costarricense *Once de Abril*, así bautizado en honor a la segunda batalla de Rivas. Iba al mando del capitán Antonio Villarostra, con una tripulación de 114 hombres y cuatro cañones de nueve libras.

Inmediatamente Fayssoux tocó zafarrancho de combate y a las seis de la tarde se inició la batalla a corta distancia. Después de casi dos horas de fuego sostenido, un disparo del *Granada* acertó de lleno en la santabárbara del *Once de Abril*, cuya explosión destrozó al bergantín. Sus tripulantes fueron lanzados al mar, procediendo la *Granada* a recoger a los sobrevivientes que luego llevó al puerto. Constituye ésta una victoria gloriosa para la pequeña goleta, y el gobierno de Nicaragua ascendió al rango de capitán al teniente Fayssoux, regalándole además la hermosa hacienda rivense El Rosario en recompensa por sus servicios. En el combate, Fayssoux tuvo un muerto y ocho heridos.



## FUENTES

- <sup>1</sup> Fayssoux Collection, Item 32.
- <sup>2</sup> *El Nicaraguense*, 11 de Octubre de 1856, p. 3, c. 1.
- <sup>3</sup> *Ibid.*, 18 de Octubre de 1856, p. 4, c. 2; p. 8, c. 4.
- <sup>4</sup> *Ibid.*, p. 2, c. 1.
- <sup>5</sup> *Ibid.*, p. 1, c. 1.
- <sup>6</sup> *Ibid.*, 25 de Octubre de 1856, p. 5, c. 1.
- <sup>7</sup> *Ibid.*, p. 2, c. 2; Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 198.
- <sup>8</sup> United States National Archives, Executive Branch, Records of International and Domestic Claims Commissions (1795-1932), Claims Against Costa Rica Under the Convention of 1860, Log of Lake Steamer *La Virgin*, Noviembre de 1856.
- <sup>9</sup> *Ibid.*; *The New York Herald*, 17 de Noviembre de 1856, p. 1, c. 1.
- <sup>10</sup> *The New York Herald*, 17 de Noviembre de 1856, p. 8, c. 1.
- <sup>11</sup> Walker, *The War in Nicaragua*, p. 312; *Boletín Oficial*, León, 21 de Noviembre de 1856, p. 1, c. 1; *El Nicaraguense*, 22 de Noviembre de 1856, p. 3, c. 1.
- <sup>12</sup> United States National Archives, Compiled Service Records of Confederate Soldiers Who Served in Organizations from Virginia, Microcopy N° 324, Roll N° 1004.
- <sup>13</sup> Walker, *op. cit.*, p. 339.
- <sup>14</sup> United States National Archives, ... Log of Lake Steamer *La Virgin*, Diciembre de 1856; Pérez, *op. cit.*, p. 162.
- <sup>15</sup> Horace Bell, "Confessions of a Filibuster", *The Golden Era*, San Francisco, 7 Mayo — 1 Octubre, 1876, capítulo 13.